

5ª Crónica

Domingo de Ramos

Al regreso del día de excursión (unas doce horas largas), había un Vía Crucis que salía desde el Hogar hasta la capilla de Urbina, pero debo confesar que yo estaba muerta y me di una ducha y me quedé en la casa. Luis fue, pero no sé qué hizo con la cámara que no salió ni una foto. Es cierto que había anochecido y el flash, misterios de la tecnología, no tuvo a bien funcionar.

En esta zona, no hay más que un cura en la Parroquia de Cantel, que tiene que atender un montón de aldeas bien dispersas, entre ellas Urbina. De manera que celebra cuando puede y se reparte. El resto de las celebraciones lo hacen los laicos; ministros de la palabra y de la eucaristía que se toman muy en serio su trabajo y, desde luego, son los que sostienen la vida litúrgica de las comunidades y la coordinación de los diversos grupos, coros, catequistas, etc.

La celebración de Ramos se había previsto para la tarde del sábado.

Estaba previsto que la procesión de Ramos salía, pues, a las 17 h. del Hogar, para procesionar hasta la capilla. A eso de las 16,30, grupos de familias; mujeres, hombres y niños, empezaron a llegar al Hogar, donde se había dispuesto un altarcillo para la bendición de los ramos.



Tras casi una hora de esperar al Padresito que por lo visto tuvo algún problema de logística, lo que no es infrecuente, se dio comienzo a la celebración, sin bendición de los ramos y se compuso la procesión.



Cuando llegamos a la capilla, al poco, ya llegó el cura y se bendijeron los ramos. Cantamos y demás y comenzó la eucaristía; un par de horas de celebración, con una homilía de algo más de la hora.





El coro en acción

Un par de comentarios. Los feligreses de esta comunidad y los cofrades de los *Nicodemos del Señor sepultado* han hecho un gran esfuerzo para adquirir imágenes y poder procesionarlas en estas fechas. El coro canta con verdadero entusiasmo, con voces destempladas y muy agudas y una megafonía atronadora, pero ahí están, se ponen sus mejores galas y cantan. Si a la hora de empezar una celebración el cura se retrasara una hora, luego oficiara durante dos horas y hubiera que estar sentados en esos duros y derechos bancos que son un potro de tortura, con bastante frío y aguantando además la destemplada algarabía del coro, cuánta gente quedaría en la iglesia en España. Otra pregunta, qué cura de los nuestros aguantaría un procedimiento como este, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Sin embargo, los feligreses allí estaban todos, quietos, atentos, en silencio y con devoción, desde los más ancianos a los niños de pecho, pasando por nuestras mocosillas de cuatro años. A la hora de comulgar sólo no se acercaron aquellos que no habían hecho la primera comunión. La masa general de fieles, y la capilla estaba repleta, fue a comulgar. El cura, que venía de otra sesión semejante en otra aldea y además se había lesionado una rodilla, según nos contó, allí se estuvo a pie firme y no escatimó cantos, rezos ni prédica; se lo debía a sus pacientes feligreses.

Deberíamos preguntarnos si la comodidad en la que vivimos no es la que empereza nuestra fe y nos vuelve indiferentes. Luego, quizá lo disfracemos de argumentos intelectuales para justificarnos. No me refiero a aquellos que son no creyentes de convicción y en profundidad de conciencia, sino a los que nos declaramos creyentes y a los diez minutos de homilía estamos ya mirando el reloj o salimos a la calle a hablar por el móvil. En fin. Esta fe que puede tener mucho de religiosidad popular no deja de ser un valor profundo que –y lo digo por mí– cuesta compartir y ver en todo su valor y hondura.

Domingo de ramos celebrado, ite.